

Comer En Verdad la Carne de Jesús

NO. 1288

**SERMÓN PREDICADO LA MAÑANA DEL DOMINGO 9 DE ABRIL, 1876,
POR CHARLES HADDON SPURGEON,
EN EL TABERNÁCULO METROPOLITANO, NEWINGTON, LONDRES.**

“Jesús les dijo: De cierto, de cierto os digo: Si no coméis la carne del Hijo del Hombre, y bebéis su sangre, no tenéis vida en vosotros. El que come mi carne y bebe mi sangre, tiene vida eterna; y yo le resucitaré en el día postrero. Porque mi carne es verdadera comida, y mi sangre es verdadera bebida. El que come mi carne y bebe mi sangre, en mí permanece, y yo en él.”

Juan 6:53-56.

Nuestro Señor Jesús no aludía en este pasaje a la cena del Señor, como se han atrevido a afirmar algunos que desean mantener sus supersticiones sacramentales. No me voy a detener en el argumento de que no había cena del Señor a la que aludir en aquel momento, aunque hay ciertamente alguna fuerza en él, sino que más bien voy a recordarles que con una interpretación así, este pasaje no sería cierto. Incluso los más ardientes proponentes del significado sacramental deben confesar que las expresiones usadas por nuestro Señor no serían universal e invariablemente verdaderas si se usaran en ese sentido: si lo que se tuviera en mente aquí fuera la cena del Señor, no sería cierto que quienes no han comido nunca la cena del Señor no tienen vida en ellos, ya que es confesado en todos lados, que cientos y miles de niños que mueren en la infancia, son salvos sin ninguna duda, a pesar de que no han comido nunca la carne de Cristo ni han bebido Su sangre.

Ha habido en tiempos pasados muchos otros que, por su conducta, demostraron que la vida de Dios estaba en sus almas, y, sin embargo, no eran capaces de comer el pan en la mesa sacramental, por motivo de enfermedad, destierro, prisiones, y otras causas.

También es cierto que hay otros—y no voy a excusarlos—que han sido negligentes en participar en esa bendita ordenanza conmemorativa, y, sin embargo, a pesar de todo ello, son verdaderamente hijos de Dios.

¿Enviarían los anglicanos más ritualistas al pozo del abismo a todo cuáquero, por santo y devoto que fuera? Si esto se refiriera a la cena del Señor, entonces es verdad que el ladrón moribundo no habría podido entrar en el cielo, ya que nunca se sentó a la mesa de la comunión, sino que fue convertido en la cruz, y sin el bautismo ni la cena del Señor, fue directo con su Señor al Paraíso.

No se podría probar nunca; en verdad, es completamente falso que nadie tenga vida eterna si no ha recibido el pan y el vino de la mesa de la comunión; y, por otra parte, es igualmente contrario a la verdad que

cualquiera que coma la carne de Cristo tenga vida eterna, sin con eso se pretende incluir a cualquiera que participe de la Eucaristía, pues hay indignos participantes, no sólo aquí y allá, sino que se cuentan por miles.

Ay, hay apóstatas que dejan la mesa del Señor por la mesa de los demonios, que profanan el santo nombre que una vez profesaron amar: hay también muchos que han recibido el pan y el vino sacramentales, y que sin embargo viven en pecado, e incrementan su pecado cuando se atreven a acercarse a la mesa, y que—ay, eso tememos—morirán en sus pecados como muchos otros lo han hecho.

Las personas no regeneradas son muy propensas a tener en alta consideración al sacramento y a rebajar a Cristo. Tienen en gran estima el pan y el vino del así llamado altar, pero no han sabido nunca en qué consiste comer la carne y beber la sangre de Cristo: estos comen y beben indignamente; carnalmente comen el pan, pero no comen espiritualmente la carne del Redentor: para ellos la ordenanza es una maldición en vez de ser una bendición. Nuestro Señor no se refería al festín de Su cena, pues el lenguaje no resistiría una interpretación de esa naturaleza.

Es evidente que los judíos malentendieron al Salvador, y pensaron que se refería literalmente a comer Su carne. No debería sorprendernos que contendieran entre sí por causa de tal expresión, pues, entendida literalmente, es horrible y repugnante en grado sumo: mucho mayor es la sorpresa que haya millones de personas que acepten tan monstruoso error como una verdad real, y crean en alimentarse literalmente del cuerpo del Señor Jesús.

Este es probablemente el ápice del contrasentido profano al que ha llegado la superstición: creer que tal acto de canibalismo como puede estar implícito en la acción literal de comer de la carne de Cristo, pudiera conferir gracia a la persona culpable de tal horror. A la vez que nos sorprendemos que los judíos hubieran malentendido de tal manera al Salvador, nos sorprendemos mil veces más que permanezcan sobre la faz de la tierra hombres en posesión de sus sentidos y que todavía no han sido confinados a un asilo de locos, que se esfuerzan por defender ese error tan terrible acerca de la Santa Escritura, y en vez de ser tambaleados, como lo fueron los judíos, por una declaración tan horrenda, consideran realmente que es una doctrina vital de su fe: que han de comer literalmente la carne de Cristo, y que han de beber Su sangre.

Hermanos, si fuera posible que nuestro Señor requiriera que creyéramos en tal dogma, ciertamente se requeriría del más estupendo esfuerzo de credulidad de parte de un hombre razonable, y hacer a un lado todas las decencias de la naturaleza; de hecho, parecería que es necesario que antes de que fueras un cristiano, te despojaras por completo de tu razón y de tu humanidad. Sería en verdad un Evange-

lio más conveniente para los salvajes y para los locos, que para personas en posesión de sus cinco sentidos y separadas de la barbarie absoluta aunque fuera en un mínimo grado. Yo me pregunto seriamente si el credo del rey de Dahomey contiene una doctrina más innatural. No se requiere, sin embargo, que creamos en algo tan imposible, tan degradante, tan blasfemo y tan horripilante para todas las decencias de la vida. Nadie comió jamás la carne de Cristo ni bebió Su sangre en un sentido literal y corporal; un acto tan bestial, es más, tan demoníaco, no ha sido perpetrado jamás ni podría serlo.

No, hermanos, los judíos estaban en un error; cometieron el error de interpretar literalmente aquello a lo que Cristo aludía espiritualmente. Judicialmente ciegos, como resultado de su incredulidad, tropezaban al mediodía como si fuera de noche, y rehusaban ver allí donde todo estaba expresado claramente. Había un velo en sus corazones.

¡Ah, cuán propenso es el hombre a pervertir las palabras del Señor! Yo creo que si Cristo hubiera querido significar esta palabra literalmente, ellos la habrían espiritualizado; pero la perversidad de la mente humana es tal que, cuando Él tuvo la intención de expresarla espiritualmente, entonces, de inmediato, ellos la interpretaron de una manera groseramente carnal.

No caigamos nosotros en su error, sino que pidamos que la gracia divina nos conduzca a ver que las palabras de nuestro Señor son espíritu y son vida. No seamos retenidos en servidumbre por la letra que mata, sino que hemos de seguir al espíritu que revive. El significado espiritual es lo suficientemente claro para hombres espirituales, pues a ellos pertenece el discernimiento espiritual; pero en cuanto a los individuos no regenerados, estas cosas les son dichas en parábolas, para que viendo no vean, y percibiendo no entiendan.

Nuestro primer encabezamiento será, *¿cuál es el significado de comer la carne y beber la sangre de Cristo?* Y nuestro segundo punto de investigación será, *¿cuáles son las virtudes de este acto?*

I. Primero, entonces, **¿CUÁL ES EL SIGNIFICADO DE COMER LA CARNE Y BEBER LA SANGRE DE CRISTO?** Es una metáfora muy simple y bella cuando entendemos que se refiere espiritualmente a la persona de nuestro Señor. El acto de comer y beber es transferido del cuerpo al alma, y el alma es representada como alimentándose: alimentándose de Jesús como el pan de vida.

Comer consiste en ingerir algo que existe externamente, que recibes dentro de ti y que se convierte en una parte de ti mismo y que te ayuda a reconstituírte y te sustenta. Ese algo suple una gran necesidad de tu naturaleza, y cuando lo recibes, nutre tu vida. Esa es la esencia de la metáfora, y describe muy bien el acto y el resultado de la fe.

Para comer la carne y beber la sangre de Cristo, primero, *debemos creer en la realidad de Cristo*, no debemos considerarlo como un mito, un personaje imaginario, una invención genial, o una concepción de la

mente oriental, sino que debemos creer que tal persona vivió en realidad y en verdad, y que vive todavía. Debemos creer que era Dios, y que sin embargo, condescendió a encarnarse y venir a la tierra, y aquí vivió, murió, fue sepultado, y posteriormente resucitó.

“Si no coméis *la carne* del Hijo del Hombre, y bebéis *su sangre*.” Es un modo de expresar la existencia real y la verdadera materialidad del cuerpo de nuestro Señor, y la seguridad y la verdad de Su existencia en naturaleza humana. No pueden ser salvos a menos que crean en un Cristo histórico, en un personaje real—

**“Un hombre hubo, un hombre real,
Que una vez murió en el Calvario,
Y torrentes de sangre y agua
Manaban de Su costado traspasado.”**

Esa misma persona real ha ascendido en Su propia personalidad particular a los cielos, y está sentado a la diestra del Padre, y está establecido que descenderá antes de mucho para juzgar a los vivos y a los muertos. No deberíamos usar los términos carne y sangre a menos que queramos indicar una persona real: tal lenguaje no podría describir la creación de un sueño, un fantasma o un símbolo.

Antes que nada, si quieren ser salvos, han de creer en Jesucristo, el Hijo de Dios, que fue manifestado realmente en naturaleza humana entre los hijos de los hombres. “Y aquel Verbo fue hecho carne, y habitó entre nosotros,” y los apóstoles declaran que “(vimos su gloria, gloria como del unigénito del Padre), lleno de gracia y de verdad.”

Hemos de creer no solamente en la realidad del Salvador, sino en *la realidad de Su encarnación*, reconociendo que aunque era divino era también humano; que no asumió una naturaleza humana en apariencia externa, como algunos herejes han afirmado, sino que Jesús vino en la carne, y como tal fue oído y visto, y tocado y tratado. Él fue clavado al madero en un cuerpo real, fue realmente colocado en el sepulcro, y Tomás, en un acto real, metió su dedo en el lugar de los clavos, y metió su mano en Su costado. También hemos de creer que ciertamente y en verdad se levantó después de los muertos y que, en Su propio cuerpo real ascendió al cielo. No debe haber dudas acerca de estos hechos fundamentales: si hemos de alimentarnos de Cristo, Él ha de ser real para nosotros, pues un hombre no come ni bebe sombras ni fantasías.

También hemos de creer en *la muerte* del Hijo de Dios encarnado. La mención de Su carne como comida, aparte de Su sangre que es bebida, indica muerte; pues la sangre está en la carne mientras haya vida. Su muerte es más que sugerida en el versículo 51, donde nuestro Señor dice: “y el pan que yo daré es mi carne, la cual yo daré por la vida del mundo.”

Hermanos, debemos creer en la muerte de nuestro Señor, y debemos creer que lleva a cabo la expiación del pecado, pues creyendo, la

fe se nutre de Su cuerpo que es dado para vida del mundo. Hay algunos que profesan creer en la vida de Cristo, y lo muestran como un gran ejemplo que nos salvará del egoísmo y de otros males, si lo seguimos.

Esa no es la enseñanza del texto; la bendición de la vida eterna no es prometida al hecho de seguir el ejemplo de Cristo, sino a comer y beber Su carne y Su sangre, o, en otras palabras, a incorporar a Cristo en nosotros: y la promesa no es para cuando se recibe Su ejemplo o Su doctrina, sino Su persona, Su carne, Su sangre; Su carne y sangre de manera separada, y por tanto a Él mismo como muerto por nosotros y hecho un sacrificio por nosotros.

Justo como en las ofrendas de paz, en las que el oferente se sentaba y festejaba junto con el sacerdote con la víctima que había presentado, así Jesucristo, nuestra Pascua, es sacrificado por nosotros, y debemos alimentarnos de Él como el Cordero de Dios, recibéndolo en nuestras almas en Su carácter de sacrificio y de propiciación. Es en vano que esperemos la salvación aparte de esto.

El Padre lo propone como una propiciación por medio de la fe en Su sangre, y si lo rechazáramos en ese carácter, el sacrificio de Cristo no tendría ninguna eficacia para nosotros. Cristo, el dechado, no podría salvarte si lo rechazaras como el Cristo que inclinó Su cabeza a la muerte, a la propia muerte de cruz, sufriendo en lugar de Su pueblo. Cristo, como un rey, no puede salvarte a menos que creas en Cristo como una víctima. Esto es absolutamente necesario para la fe salvadora: si no comes Su carne y bebes Su sangre, esto es, si no lo aceptas en Su personalidad real, ofrecida como un sacrificio por el pecado, no tienes vida en ti. Esto es lo que debe *creerse*.

Pero para comer, un hombre no solamente cree que hay pan delante de él y acepta ese pan como el alimento adecuado para su cuerpo, sino que lo siguiente que hace es *apropiárselo*. Esta es una gran parte de alimentarse de Cristo. Cuando un hombre come, ingiere los bocados y se dice: “este es pan que creo que alimenta el cuerpo, y ahora *me* alimentará; lo tomo para que sea *mi* pan”; lo mismo hemos de hacer con Cristo.

Amados hermanos y hermanas, hemos de decir: “Jesucristo es presentado como una propiciación por el pecado, y yo lo acepto como la propiciación por mi pecado. Dios lo entrega para ser el cimiento sobre el que se han de construir las esperanzas de los pecadores; yo lo tomo como el cimiento de mis esperanzas. Él ha abierto una fuente para limpiar el pecado y la inmundicia; yo vengo a Él y deseo que mi pecado y mi inmundicia sean lavados en la fuente de Su sangre.”

No puedes comer, tú lo sabes, a menos que hagas tuya la comida; de hecho, nada es más especialmente propio del hombre que lo que ha comido; su posesión del alimento no puede ser negada, ni le puede ser quitada. Así debes tomar a Cristo para que sea tan tuyo como el pan

que comes o el agua que bebes: Él ha de ser personal e internamente tuyo más allá de toda duda. Mirándolo sobre la cruz tienes que decir: “Salvador de los pecadores, quienes confían en ti son redimidos. Yo también confío en Ti como mi Salvador, y, por tanto, yo soy en verdad redimido por Tu preciosísima sangre.”

Comer radica en parte en apropiarse la comida, y así, a menos que se apropien de la carne y la sangre de Cristo para que sea su propia esperanza y su confianza personal, ustedes no pueden ser salvos.

He puesto énfasis en una apropiación *personal*, pues cada hombre come para sí, no para alguien más. Tú no puedes comer para nadie más excepto para ti mismo; y así, al recibir a Cristo, lo tomas para ti mismo; la fe es tu propio acto; nadie podría creer por ti, ni tú podrías creer salvadoramente por otro. Lo digo con reverencia: el propio Espíritu Santo no puede creer por nosotros, aunque puede conducirnos y en efecto nos conduce a creer: y, ciertamente, si el Espíritu divino creyera por nosotros, no obtendríamos la promesa, puesto que no está hecha a una fe vicaria, sino sola y exclusivamente a la fe personal.

Nosotros no somos pasivos en el acto de creer, sino que hemos de ser activos, y llevar a cabo el acto personal de apropiarnos del Señor Jesús para que sea el alimento y la bebida de nuestra alma. Este acto de creer en Jesús y de apropiarnos de Él, tiene un gran alcance para explicarnos lo que quiere decir comer Su carne y beber Su sangre.

Comer y beber también consisten principalmente en *recibir*. Lo que un hombre come y bebe se lo apropia para sí, y eso no lo hace almacenándolo en una tesorería o en un cofre, sino recibéndolo dentro de sí. Te apropias del dinero y lo pones en tu bolsillo, pues, si no lo hicieras, podrías perderlo; aseguras un pedazo de terreno, y le pones un seto alrededor, pero ese seto podría ser derribado; pero cuando recibes por el acto de comer y de beber, has colocado las cosas buenas donde nadie te las robará; las has recibido en el sentido más verdadero y seguro, pues tienes una posesión real y un gozo real en tu propia persona.

Ahora, decir: “Cristo es mío” es algo bendito; pero apropiarse de Cristo realmente por el acto de fe, es a la vez la vitalidad y el placer de la fe. Al comer y beber, un hombre no es un productor, sino un consumidor; no es un hacedor, ni un emisor; él simplemente da ingreso. Cuando una reina come, cuando una *emperatriz* come, se convierten en receptoras tan plenamente como el indigente en el hospicio. Comer es un acto de recepción en cada caso.

Lo mismo ocurre con la fe: no tienes que hacer, ser, o sentir, sino únicamente recibir; el punto salvador no es algo que mana de ti, sino la recepción de algo que es impartido a ti. La fe es un acto que el pecador más pobre, el más vil pecador, el más perverso pecador, el pecador más condenado puede realizar, porque no es un acto que requiera poder de su parte, ni que salga nada de él, sino simplemente que reci-

ba internamente. Una vasija vacía puede recibir, y recibe mejor en la medida que esté vacía.

Oh alma, ¿estás dispuesta a recibir a Jesucristo como el don inmerecido de la misericordia divina? ¿Acaso dices en este día: “le he recibido así”? Bien, entonces has comido Su carne y has bebido Su sangre. Si has recibido al Dios encarnado como sufriendo en tu lugar por todo lo que te correspondía, de tal manera que ahora confías en Él y sólo en Él, entonces tú has comido Su carne y bebido Su sangre.

El proceso de comer involucra otro asunto, que difícilmente puedo llamar una parte de él, pero que, sin embargo, está indisolublemente conectado con él, es decir, *la asimilación*. Lo que se recibe al comer desciende a las partes interiores, y allí es digerido y asimilado por el cuerpo: de la misma manera la fe asimila y absorbe dentro del hombre el pan celestial: Cristo crucificado.

“Pero no les aprovechó el oír la palabra”—leemos en un lugar—“por no ir acompañada de fe en los que la oyeron.” Ahora, en el original, existe la idea de alimento que penetra en el cuerpo, pero que nunca se mezcla con los jugos gástricos, y, consecuentemente, permanece sin ser digerido, sin ser asimilado, sin ser de beneficio, y llega a ser incluso perjudicial. La fe es al alma lo que los jugos gástricos son al cuerpo; tan pronto como Cristo es recibido en el hombre interior, la fe comienza a actuar en él, y a extraer nutrimento de Su persona, de Su obra y de Sus oficios; y así Cristo termina siendo asimilado por el entendimiento y el corazón, termina reconstituyendo el sistema entero de la condición del hombre, y volviéndose una parte y porción del hombre renovado.

De la misma manera que el pan, cuando es comido, se disuelve y es absorbido y después es convertido en sangre y fluye a través de todas las venas y pasa a reconstituir el cuerpo, lo mismo es Cristo para el alma; Él se convierte en nuestra vida, y entra misteriosamente en una unión vital con nosotros. Así como el trozo de pan que comimos ayer no podría ser extraído de nosotros porque ya se volvió parte de nuestro ser, así también Jesús se vuelve en verdad uno con nosotros.

Tú comiste el pan ayer, y dónde se encuentra precisamente ahora, ningún filósofo podría dilucidarlo; alguna porción podría haber ido a formar parte del cerebro, y otras porciones a conformar huesos, nervios y músculos, pero su sustancia es integrada a tu sustancia, de tal forma que ahora el pan mora en ti y tú en él, pues constituye parte de tu estructura corporal.

Esto es alimentarse de Jesucristo: es tomarlo de tal manera que tu vida esté oculta en Él, hasta que crezcas para ser semejante a Él, hasta que toda vida sea Cristo, y el grandioso hecho que Jesús vivió y murió, se convierta para tu mente en la verdad más poderosa debajo del cielo, rigiendo a tu alma entera, sometiéndola a Él, y luego elevándola al mayor grado.

“Porque el amor de Cristo nos constriñe, pensando esto: que si uno murió por todos, luego todos murieron; y por todos murió, para que los que viven, ya no vivan para sí, sino para aquel que murió y resucitó por ellos.” Así como las flores beben de la luz del sol hasta cobrar tintes semejantes a los matices del arcoíris, así nosotros efectivamente recibimos al Señor Jesús hasta volvernos hermosos con Su hermosura, y Él vive nuevamente en nosotros. Esto es comer Su carne y beber Su sangre.

Pero ahora voy a hacer una serie de comentarios un poco fuera de orden con miras a expresar estos misteriosos actos de comer y beber de una manera más clara.

Observen que *Cristo es tan necesario para el alma como el pan lo es para el cuerpo*. Alimento y bebida son un requisito absolutamente necesario: y así, ustedes han de tener a Cristo o no podrían vivir en el verdadero sentido de esa palabra. Supriman el alimento del cuerpo y tendrá que morir: niéguele a Cristo a un hombre, y está muerto aun cuando viva. Hay en nosotros un deseo natural de alimento y bebida, un apetito que brota de nuestra necesidad, y nos recuerda de ello: esfuércense por sentir un apetito así por Cristo. Su sabiduría radica en saber que deben tener a Jesús para que sea su propio Salvador, y en reconocer que perecerán si no lo reciben, y estaría muy bien que este conocimiento los conduzca a ansiar y a anhelar y a apetecer a Jesús. Tengan hambre de Él, y tengan sed de Él; bienaventurados son aquellos que tienen hambre y sed de Él, pues Él los saciará.

El alimento y la comida satisfacen realmente. Cuando un hombre obtiene pan y agua, habiendo comido lo suficiente, tiene lo que su naturaleza requiere. La necesidad es real y también lo es la provisión. Cuando tienes a Cristo, tu corazón obtendrá exactamente lo que necesita. Tú mismo no sabes plenamente cuáles son las necesidades de tu alma, pero puedes tener la certeza de que, conocidas o desconocidas, todas tus necesidades serán satisfechas en la persona de Jesucristo; y si lo aceptas, tan ciertamente como el alimento y la bebida calman el hambre y la sed, así de ciertamente satisfará Él los anhelos de tu alma.

No sueñes más en ninguna otra satisfacción aparte de Él, y no pidas nada más allá de Él o además de Él. Cristo es todo, y más que todo; Él es también alimento y bebida. Has de contentarte con Él y con nada que no sea Él; tienes que tener cada vez más hambre de Él, y nunca lo dejes para gastar tu dinero por lo que no es pan, y tu trabajo por aquello que no satisface.

Amados, *un hombre hambriento nunca se libera de su hambre hablando acerca de la alimentación, sino comiendo realmente*. Por tanto, no hablen tanto acerca de Cristo sino recíbanlo en realidad. No miren a las viandas diciendo: “sí, estas cosas me satisfarán: oh, que pudiera obtenerlas”; más bien, deben comer de inmediato.

El Señor los invita al banquete, no para que lo contemplen, sino para que se sienten y coman opíparamente. No pidan una segunda invitación, sino más bien siéntense y aliméntense de lo que les es gratuitamente presentado en la persona de nuestro Señor Jesucristo. Ustedes necesitan que Él sea formado *en ustedes*, la esperanza de gloria; pero esto no podría ser a menos que lo recibieran en lo más íntimo de sus almas.

En la comida saludable hay un disfrute. Ninguna persona saludable necesita ser azotada para obligarla a comer, pues el paladar está consciente del placer mientras comemos: y, en verdad, cuando nos alimentamos de Jesús, hay una deliciosa dulzura que penetra el alma entera. Sus bocados exquisitos son de naturaleza real. Ni “viandas de ambrosía” ni “cuencos de néctar” podrían deleitar más a los inmortales comensales que lo que Jesús deleita a los creyentes. Él sacia al alma. Mil cielos son gustados en el cuerpo y la sangre del Salvador. Si alguna vez perdieran su gusto por Cristo, tengan la plena seguridad de que no están sanos. No podría haber una señal más cierta de un deplorable estado de corazón que la falta de deleite en el Señor Jesucristo; pero cuando Él es muy dulce al gusto de ustedes, cuando una sola palabra acerca de Él, como una gota de un panal, cae dulcemente sobre su lengua, entonces no hay nada de qué preocuparse acerca de ustedes, pues su corazón está esencialmente sano. Aunque se sintieran desfallecidos, sería un desfallecimiento de la naturaleza y no una falla de la gracia; y si se sintieran enfermos, si fuera una enfermedad por buscarlo a Él a quien ama su alma, sería entonces una dolencia de la cual vale la pena morir.

Las horas de comida en cuanto a nuestros cuerpos llegan varias veces al día: así que asegúrense de participar de la carne y sangre de Jesús con mucha frecuencia. No se queden satisfechos con lo que recibieron ayer de Jesús, sino que han de recibirlo de nuevo hoy. No vivan sobre la base de comuniones y experiencias antiguas, sino, más bien, vayan a Jesús cada hora, y no se contenten hasta que los llene una y otra vez de Su amor.

Yo desearía que pudiéramos volvernos espiritualmente como ciertos animales que conozco, que están junto al pesebre y comen durante todo el día y buena parte de la noche también. En relación a este punto ansío poseer el apetito de la sanguijuela borriquera, y no sentir nunca que debo hacer una pausa. Feliz es aquel cristiano que puede comer abundantemente el alimento celestial, según se lo presenta el Esposo, y no cesa nunca de comer mientras Cristo esté cerca, sino que continúa alimentándose hasta entrada la noche, y luego se despierta en la madrugada para alimentarse del pan del cielo.

Es bueno establecer horas predeterminadas para comer. No es probable que la gente medre si toma su alimento cuando puede, y no tiene comidas regulares. Es bueno tener horas establecidas para que

puedas sentarte a la mesa y tomar tu alimento convenientemente. En verdad es sabio tener períodos fijos para la comunión con Cristo, para meditar en Él, para considerar Su obra, y para recibir Su gracia.

Ustedes saben que la fórmula para que los niños aprendan es: “poco y con frecuencia,” y para nosotros también ha de ser línea sobre línea, mandato sobre mandato, un poquito allí, otro poquito allá. Un bocadillo entre las comidas regulares resulta con frecuencia muy dulce para el hombre que trabaja, y así, aunque tengan momentos especiales para estar a solas con Cristo, no se nieguen un bocado por el camino; tomen una oblea preparada con miel entre tiempos, y pónganla sobre su lengua para endulzar su boca: un pensamiento escogido, un texto de la Escritura, o una preciosa promesa acerca de Jesús.

Estoy seguro que hay algo que puedo decir acerca de este acto de alimentarse de Cristo y es que *nunca nadie ha sido culpable de glotonería o de empacho por alimentarse de la carne y la sangre de Cristo*. Entre más coman de Cristo, más capaces serán de comer de Él. Nosotros nos cansamos con prontitud de cualquier otro alimento, pero nunca nos cansamos de este pan celestial. A menudo nos encontramos en una condición indebida en referencia a nuestro Señor, porque no hemos tomado lo suficiente de Él, pero nunca podríamos tomar demasiado. Cuando lo recibimos a plenitud, encontramos que Él agranda nuestra capacidad, y somos mucho más capaces de disfrutar de Su preciosidad.

Observen que el texto nos dice que el creyente ha de *comer* Su carne y *beber* Su sangre, pues noten que Cristo es alimento y bebida también, Él es todo en todo, y todo en uno. Un hombre no sólo debe comer a Cristo, sino que debe beber a Cristo: esto es, no hemos de recibir a Cristo sólo de una manera sino de todas maneras, y no sólo una parte de Cristo sino todo Cristo; no meramente la carne de Cristo como encarnado, sino la sangre de Cristo como el sacrificio inmolado y el Cordero desangrado. Han de tener a un Cristo entero, y no a un Cristo dividido. No has recibido a Cristo verdaderamente si has dicho únicamente: yo selecciono esta y aquella virtud en Él; debes abrir la puerta y dejar entrar a un Cristo pleno para que tome posesión de tu alma. No has de recibir meramente Su obra, Sus oficios, Sus gracias, sino *a Él mismo*, a Su ser entero.

Quienes rechazan la sangre de Cristo, no reciben ninguna gracia, pues la sangre tiene una mención especial. Oh, qué duras cosas he oído decir, incluso recientemente, acerca de aquellos que predicán la sangre de Cristo. Que continúen hablando, si quieren, pues lo hacen bajo su propio riesgo; pero en lo que a mí concierne, hermanos míos, espero merecer sus censuras más y más, y predicar la sangre de Cristo con mayor abundancia todavía, pues no hay nada que pueda dar satisfacción al alma y apagar esa sed fiera e intensa que es despertada

dentro de nuestra naturaleza, sino la sangre de Jesús como de un Cordero inmolado desde antes de la fundación del mundo.

Amados, hay un dulce pensamiento: que *la carne y la sangre de Cristo son alimento adecuado para todas las condiciones de hombres*. Se adapta a los bebés en la gracia, y es igualmente conveniente para los ancianos. Es un alimento adecuado para los cristianos enfermos, pues no podrían recibir un bocadillo más exquisito, y es conveniente para los cristianos en el pleno vigor de su fortaleza. Es alimento para la mañana y alimento para la noche, y alimento para el mediodía; ay, el que come nunca verá la muerte. Este es alimento para los días festivos, y este es alimento para los días cuando nos lamentamos y estamos afligidos; alimento para el desierto, y alimento para los jardines reales; alimento, estaba a punto de decir, para el propio cielo, pues, ¿qué mejor alimento podrían encontrar nuestras almas incluso en el cielo que Su carne y sangre?

Y recuerden que todo el pueblo del Señor está en libertad de comerlo; ay, y cada alma que tenga hambre de Él, es bienvenida. Nadie necesita preguntar si puede tomarlo. Está puesto para ser alimento de todas las almas creyentes, sin importar lo que hubiera sido su previo carácter. Vengan y sean bienvenidas, vengan y sean bienvenidas, almas hambrientas, almas sedientas, vengan y coman de Su carne y beban de Su sangre.

He intentado de esta manera exponer con toscos acentos en qué consiste comer Su carne y beber Su sangre. Consiste en recibir dentro de uno a un Cristo entero, por medio de confiarse enteramente a Él, de la misma manera que un hombre confía su vida al pan que come, y al agua que bebe. ¿Cómo sabes que el pan te alimentará? ¿Cómo sabes que el agua te sustentará? Pues bien, lo sabes por experiencia, pues lo has experimentado, has descubierto que el pan es bueno para ti.

¿Por qué no comes estuco de París? ¿Por qué no bebes vitriolo? Oh, eres más inteligente que eso, pues puedes confiar en el pan para reconstituírte, y en el agua para refrescarte, y de la misma manera tampoco recibes las supercherías clericales ni las falsas doctrinas, sino a la bendita persona y obra de Jesucristo en Su vida y en Su muerte expiatoria; recibes todo esto, pues sientes que puedes alimentarte de ello; estas son las viandas exquisitas que ama tu alma.

II. Ahora consideremos brevemente CUÁLES SON LAS VIRTUDES DE ESTE ACTO DE COMER Y BEBER DE CRISTO. Busquen en sus Biblias, y en el versículo 53 encontrarán que esto es un acto esencial. “De cierto, de cierto os digo: Si no coméis la carne del Hijo del Hombre, y bebéis su sangre, no tenéis vida en vosotros.”

Es *esencial*, pues si no tienen vida en ustedes, no tienen nada que sea bueno, “No tenéis vida en vosotros.” Ustedes conocen la teoría moderna que hay gérmenes de vida en todos los hombres, que sólo nece-

sitan desarrollarse. La Paternidad Universal espía algún bien en todos nosotros, y lo que el hombre debe hacer es educarlo y manifestarlo.

Esta es la noción filosófica, pero no es la manera en que Cristo lo expresa. Él dice: “Si no coméis la carne del Hijo del Hombre, y bebéis su sangre, no tenéis vida en vosotros.” No, no hay un átomo de vida verdadera. No hay vida que pueda ser educada; el pecador está muerto, y en él no hay nada bueno de ningún tipo.

Si ha de haber algo bueno alguna vez, tendrá que venirle, debe ser una importación; y nunca puede venir a él, a menos que sea en conexión con su acto de comer la carne y beber la sangre de Cristo. Pero supongan que un hombre tiene muchas convicciones de pecado; comienza a ver el mal del pecado, y teme la ira venidera. Esto es esperanzador; pero yo le recuerdo solemnemente a cualquiera de ustedes que se encuentre en ese estado, que si no come la carne del Hijo del Hombre, no tiene vida; hasta no haber creído en Cristo no tiene vida: hasta no haberse lavado en Su sangre preciosa está todavía muerto en el pecado.

Oh, no se queden satisfechos porque sientan algunas convicciones legales, no se queden tranquilos porque estén más o menos turbados en su mente. No deben estar satisfechos nunca hasta no haber recibido a Cristo, pues no hay ninguna vida en ustedes hasta no haber recibido a Cristo. Pero, tal vez, han asistido a algunas ceremonias; podrían haber sido bautizados y haber tomado el sacramento. Sí, pero si nunca han comido a Cristo, habiéndolo ingerido, no tienen vida en ustedes; están muertos mientras viven.

Ahora, aquí en nuestro texto hay una prueba de que vida no quiere decir existencia, según afirma algunas personas ahora, quienes, cuando leen que “el pecador muere,” afirman que eso significa que deja de existir. Los impíos tienen una existencia en ellos, pero eso es en verdad algo muy diferente a la vida eterna, y no deben confundir nunca existencia con vida o muerte con no-existencia, pues está a muchas leguas de distancia lo uno de lo otro. Como el hombre inconverso no tiene a Cristo, no tiene vida en él del todo.

Ustedes que son miembros de la iglesia, ¿tienen vida en ustedes, vida real? No la tienen, si no han comido la carne de Cristo. Podrían haber sido profesantes durante muchos años, pero, ¿alguna vez comieron a Cristo y bebieron a Cristo? Si no lo han hecho, no tienen vida en ustedes. Podrían ser excelente personas morales, y su carácter podría ser un dechado para otros, y ustedes podrían contar con todo lo que es hermoso, pero si Cristo no está en el corazón, ustedes serían hijos de la naturaleza, finamente vestidos, pero muertos; no serían los hijos vivos de la gracia; serían una estatua hermosamente cincelada, pero, como el frío mármol, no habría vida en ustedes.

Nada puede ser vida para el alma sino Cristo, y las excelencias más sublimes que pudiera alcanzar la naturaleza humana aparte de Él, se

quedan cortas de la salvación. Tienen que tener a Jesús, pues de lo contrario la muerte mora en ustedes y ustedes moran en la muerte. Esa es la primera virtud de alimentarse de Cristo, y es absolutamente esencial.

Ahora, en segundo lugar, es *vital*. Lean el siguiente versículo: “El que come mi carne y bebe mi sangre, tiene vida eterna; y yo le resucitaré en el día postrero”; es decir, ha sido revivido al recibir en él a un Cristo pleno; por lo tanto está vivo. Aunque algunas veces sea conducido a dudarlo por su estado de corazón, sin embargo, si realmente ha recibido a Cristo, ha sido revivido de los muertos, y vive; y, lo que es todavía mejor, siempre vivirá, pues “tiene vida eterna.”

Ahora, una vida que puede extinguirse no es evidentemente vida eterna, y la vida que recibe el arminiano como resultado de la fe, de acuerdo a su propia declaración, no es vida eterna, porque puede llegar a un término. Pobre alma, yo sé que si ha creído realmente en Jesús, descubrirá dulcemente su error, y su vida proseguirá bajo tentación o prueba, pues será en él “una fuente de agua que salte para vida eterna”; será, “una simiente viva e incorruptible que vive y permanece para siempre.”

Oh, creamos en la preciosa doctrina de la perseverancia final de los santos. “El que come mi carne y bebe mi sangre, *tiene* vida eterna.” La tiene ahora. Es una vida que durará tanto como Dios mismo, que será eterna como el trono de Jehová.

Y luego, en lo referente al cuerpo, ese ha de morir, ¿no es cierto? Sí, pero tal es el poder de la vida que Cristo pone en nosotros, que el propio cuerpo resucitará otra vez. Todavía el cuerpo está muerto a causa del pecado, mas el espíritu vive a causa de la justicia; pero hay una redención venidera para este pobre cuerpo, y para este mundo material en el que habitamos. Cuando Cristo venga, entonces la creación será liberada de la servidumbre bajo la cual fue colocada, y nuestros cuerpos materiales, con el resto de la creación, serán emancipados. Los cuerpos de los santos, liberados de toda imperfección, corrupción, y contaminación, vivirán de nuevo en la gloriosa imagen de Cristo, y el Señor cumplirá Su palabra llena de gracia: “Yo soy la resurrección y la vida; el que cree en mí, aunque esté muerto, vivirá.” Este acto de comer y beber de Cristo es vital.

En tercer lugar, es *sustancial*, “porque mi carne es *verdadera comida*, y mi sangre es *verdadera bebida*.” Esto se opone al carácter insustancial de los símbolos. La festividad judía era una mera sombra; “pero”—dice Jesús—“mi carne es verdadera comida.” La comida material una vez comida reconstituye el cuerpo y luego desaparece, pero no puede tocar al alma; pero alimentándose de Cristo, el alma es nutrida y nutrida para vida eterna, de tal forma que Jesús declara que es “*verdadera comida*.”

¿Han asistido alguna vez a algún ministerio donde el predicador predica sobre todo menos sobre Cristo, y han sido alimentados? Bien, si eres del tipo ventoso, podrías ser arrastrado por viento del este, como les sucede a los asnos salvajes cuando lo huelen; pero yo sé que si eres un hijo de Dios, no importa quién predique, o cuán pobre sea su lenguaje, si predica a Cristo, siempre sientes haber sido alimentado, y tu alma se queda satisfecha con la médula y la grosura cuando Cristo es el tema.

No hay ningún alimento para el alma como Cristo, y el refrigerio más dulce proviene de las partes más débiles de Cristo, pues la fortaleza de Dios se perfecciona en Su debilidad. Me preguntarán: “¿qué quieres decir?” Bien, nuestro Señor dice en el texto: “mi carne es verdadera comida,” no: “mi Deidad”; “mi *sangre* es verdadera bebida,” no mi resurrección y ascensión. No “mi segunda venida,” sino mi debilidad como hombre, mi muerte como hombre, mis sufrimientos, mis aflicciones, mis gemidos, todo esto es el mejor alimento para los creyentes.

¿Han descubierto ustedes que así es? Oh, yo me regocijo cuando oigo que Cristo viene una segunda vez, pero hay momentos en los que esa doctrina no me produce ni un solo átomo de consuelo. Las estrellas más brillantes que adornan el cielo para un pobre peregrino errante son aquellas que arden alrededor de la cruz. Es extraño que torneemos a ese lugar donde la aflicción tuvo su culminación, para encontrar nuestro más puro consuelo, pero así es: “mi carne es verdadera comida”; Cristo en Su debilidad: “mi sangre es verdadera bebida”; Cristo derramando Su alma hasta la muerte, este es el alimento más verdadero y el mejor alimento del corazón.

Ahora, hermanos, si quieren crecer en gracia, aliméntense de Cristo. Si quieren volverse fuertes en el Señor, aliméntense de Cristo. Si necesitan algo que los reconstituya en todas las partes de manera permanente y bien, aliméntense de Cristo, pues otras cosas son comida y bebida, pero Su carne es *verdadera comida*, y Su sangre es *verdadera bebida*. Esta es una comida sustancial.

Y, por último, otra virtud de esta alimentación es que *produce unión*. Noten el siguiente versículo: “El que come mi carne y bebe mi sangre, en mí permanece, y yo en él.” Cuán maravillosas son esas palabras: “en mí permanece.” Al recibir a Cristo como un Cristo pleno llegas a vivir en Cristo, y Cristo vive en ti.

Existe esta diferencia entre los dos privilegios: vivir en Cristo es la paz de la justificación. Crees en Él, te confías a Él, sientes que moriste con Él y que resucitaste con Él, que has ido al cielo con Él, y que, por tanto, eres acepto en Él, y así vives en Él.

Que Él viva en ti es otra cosa, es decir, la paz de la santificación, pues cuando te has alimentado de Jesús, Él entra en ti y permanece

en ti, viviendo de nuevo en ti. Él habla a través de tus labios, y testifica en medio de los hijos de los hombres por tu lengua: Él vive en ti.

¡Oh maravillosa unión! Bendita unión. El siguiente versículo lo explica de manera más maravillosa todavía, pues dice: “Como me envió el Padre viviente, y yo vivo por el Padre, asimismo el que me come, él también vivirá por mí.”

Tres entidades vivientes: el Padre viviente, el Hijo viviente y luego el creyente viviente. Está el Padre con vida en Sí mismo como Dios; luego está el Hijo como Mediador, Dios-hombre, derivando vida del Padre; y luego el creyente, tomando la vida proveniente de Dios a través de Jesucristo.

¡Oh, bendita unión es esta, no meramente con Jesús, sino a través de Jesús con el Padre! De tal forma que Cristo dice: “Porque yo vivo, vosotros también viviréis.” Él vive por el Padre, y nosotros vivimos por Él, y todo esto debido a que lo recibimos y nos alimentamos de Él.

Oh alma mía, yo te exhorto a que abras ampliamente tu boca para Cristo, y lo recibas en lo más íntimo de tu ser. Dale un alojamiento en tu corazón, ay, permite que permanezca en el mejor pabellón de tu naturaleza, en el lugar más sobresaliente de tu alma. Ten hambre de Él, aliméntate de Él cada día, y cuando lo hubieres hecho así, y Él more en ti y tú en Él, entonces háblales a otros acerca de Él, y divulga ampliamente Su amado nombre, para que los hambrientos pecadores que perecen sepan que hay alimento en Egipto y pan que se puede obtener en Jesús, y que pueden venir y comer y beber de Él como tú lo has hecho. Los exhorto, hermanos y hermanas, que recuerden esto, y que el Señor los bendiga, por Jesucristo nuestro Señor. Amén.

Porción de la Escritura leída antes del sermón: Juan 6:26-65.

<http://www.spurgeon.com.mx>

Oren diariamente por los hermanos Allan Roman y Thomas Montgomery, en la Ciudad de México. Oren porque el Espíritu Santo de nuestro Señor los fortifique y anime en su esfuerzo por traducir los sermones del Hermano Spurgeon al español y ponerlos en Internet.

Sermón #1288 - Volumen 34

TRULY EATING THE FLESH OF JESUS